

CASTRO Y SU PROYECTO DE GUERRA EN EL CONO SUR. APUNTES PARA UNA HISTORIA DEL CARISMA

por **Jose Rodriguez Elizondo**

Ex Embajador.

Profesor de la Universidad de Chile

Resumen

Los cineastas y videastas lo saben bien: las cámaras se enamoran de algunos actores y actrices, sin que les importe su escuela artística, ideología ni su condición humana. Es la magia que, religiosamente, llamamos “carisma”.

Fue lo que sucedió con Fidel Castro desde que emergiera a la notoriedad mundial y se dedicara a seducir auditorios, comunicadores y políticos de todos los sexos. Como en las estrellas del espectáculo, su carisma estaba en su ADN. Sólo para efectos didácticos, los politólogos discernían como primer hito la entrevista que le hiciera en 1957 Herbert Mathews, reportero estrella del New York Times, La misma que lo proyectara fuera de Cuba como el Robin Hood de la Sierra Maestra.

Entonces Castro no sólo enamoró al periodista con su retórica y prestancia, sino que lo embaucó con su fuerza, mostrándole un desfile interminable de guerrilleros. El truco consistió en hacerlos desfilar en redondo, ante la ventana de la cabaña donde se desarrollaba la entrevista. Lo más notable fue que, incluso después de burlado, Mathews siguió embobado con el personaje. Explicándose, dijo que fue testigo de un legítimo truco militar y que su olfato periodístico le había permitido revelar al mundo la pasta de líder que había en el cubano.

Seducción Peligrosa

Evidentemente, Castro aprendió de esa experiencia mucho más que Mathews. Desde entonces –en parte me consta-, jamás dio una entrevista importante sin garantías de deslumbramiento previo por parte del entrevistador. Intuyó, rápido, que su autoabsolución ante la Historia pasaba por la manipulación inteligente de los periodistas y políticos de cualquier tipo. Terminé de entenderlo en 1984 cuando, entrevistando en Caracas al ex presidente Carlos Andrés Pérez, éste me definió a Castro como “una de las grandes personalidades de nuestro tiempo latinoamericano”. Sucede que Pérez fue Ministro del Interior de Rómulo Betancourt cuando Castro produjo su primer foco guerrillero importante. Aquel destinado a tumbar a ese patriarca de la democracia regional y para cuyos actores -guerrilleros castristas venezolanos- mi entrevistado era “el ministro de la represión”.

Incluso actores de la derecha conservadora de los Estados Unidos se manifestaban de ese modo. Roger Fontaine, uno de los ideólogos principales de Ronald Reagan para América Latina, no ocultó su fascinación por Castro cuando -también como entrevistado-, me lo definió como “un hombre notable, extraordinario”. A su juicio, “Fidel es Fidel y puede cambiarlo todo”. Aseguró que, en tal caso, “habrá un montón de oídos en Washington que lo escucharán cuidadosamente”.

Aunque ya fracasada su aventura foquista regional, la seducción de Castro siguió instalado como una suerte de embrujo neutralizante. Nadie podía decir que era un paladín de la democracia, pero tampoco reconocer que era un dictador paradigmático.

Todo esto viene a cuento porque me permite explicar lo que a muchos parece inexplicable, respecto a su relación con el Presidente Salvador Allende, líder de las izquierdas sistémicas de Chile. En especial, sobre dos temas enlazados, que lucen ambiguos o contradictorios: Por una parte, el de la limpia trayectoria de Allende como líder socialista, en el marco de la vieja democracia chilena, que culminara con el sacrificio de su vida. Por otra parte, el de su genuina admiración por Castro, demostrada con hechos solidarios y arriesgados, pese a que el líder cubano nunca le respondió de igual manera. Básicamente, porque fue más funcional al fracaso de Allende que a su consolidación como gobernante.

Del foco a la guerra de los otros

Es un tema que, pese a ser emocional, política y científicamente estimulante, en Chile nunca ha sido tratado a fondo. La memoria de la polarización de la época sigue impidiendo el análisis sereno de la historia.

Sólo como muestra de lo mucho que habría para investigar y debatir, me referiré a lo que sucedió una noche en La Habana cuatro semanas después del golpe de Estado de Augusto Pinochet. Específicamente, cuando Castro falsificó la muerte de Allende y trató de inducir una suerte de guerra revolucionaria contra el Chile de la dictadura.

Aquello sucedió en el homenaje que Castro tributó a la memoria de Allende, el 28 de septiembre de 1973, en la Plaza de la Revolución. Allí, ante la posibilidad de que se le adjudicara alguna influencia en el trágico desenlace de lo que él mismo llamara “insólito proceso chileno” -motivos tenía para temerlo- diseñó una heroica “muerte guerrillera” para el líder. Allende habría muerto acribillado a balazos por los militares, tras haberles inutilizado un par de tanques.

Esa ficción, con base en versiones sesgadas y después parafraseada por Gabriel García Márquez, era una crítica larvada a la muerte real de Allende. En parte, porque Castro tenía una extraña aversión a los suicidas. En lo principal, porque la adulteración le permitía mostrar a un Allende equivocado, por no haber optado oportunamente por la lucha armada. En esa línea, ratificando que su imaginación era tan inagotable como su audacia, el cubano diseñó una ofensiva vengadora -y no sólo con palabras- contra la dictadura de Augusto Pinochet.

La planteó con tres argumentos ideológicamente movilizadores. El primero, con base en la muerte “ejemplar” de Allende era una actualización de sus tesis sesentistas: “los revolucionarios chilenos saben que no hay ninguna otra alternativa que la lucha armada revolucionaria”. El segundo sugería que el proyecto revolucionario del general Juan Velasco Alvarado tomaba, desde el Perú, el relevo del intento frustrado de Allende. A este efecto, contraponía los militares “fascistas” chilenos con los militares peruanos “en unión con el pueblo”. El tercero interpretaba el nuevo cuadro regional como una amenaza chilena contra los militares revolucionarios peruanos y el peronismo argentino: “El imperialismo, al tomar el

poder en Chile (...) con un régimen fascista, amenaza por el este a la Argentina y amenaza por el sur al Perú”.¹

El corolario iba de suyo: los verdaderos revolucionarios de Chile y de la región debían alinearse tras Velasco Alvarado, para combatir con las armas el régimen de Pinochet. Es muy pensable que, más allá de la maniobra de coyuntura, con sesgo autojustificatorio, el líder cubano haya pensado en un salto cualitativo de su estrategia primitiva: el que va desde el foco guerrillero artesanal, apagado con la muerte del Che Guevara, a una guerra internacional de carácter expansible, conducida por ejércitos profesionales. Prueba de ello es que su idea no cayó en saco roto.

Comienzo de ejecución

Notablemente, la inducción castrista fue seguida por sugerentes expresiones de Velasco Alvarado. Un mes después del discurso de Castro, hablando en una reunión del Congreso Internacional de la Paz –organización soviética para el exterior- aludió al “éxito transitorio, cruel y sangriento de las fuerzas reaccionarias” en la región, algo que todos entendieron dirigido a Pinochet. Agregó, como parafraseando al “líder máximo”, que aquello motivaba a muchos dirigentes revolucionarios a ofrendar sus propias vidas, “al igual que lo haremos nosotros, en caso necesario”.

En paralelo, las clásicas “bolas limeñas” (rumores casi siempre creíbles) hablaban de la decisión de Velasco de invadir Arica en agosto de 1975, aludían a preparativos de “guerra psicológica”, daban por descontado el apoyo soviético-cubano y relataban acciones diplomáticas sobre la necesidad de impedir el expansionismo chileno. Colaboradores civiles del gobernante peruano dirían, años después, que el cronograma de la invasión partía el día 25 de ese mes, como réplica a una supuesta intentona de “guerra preventiva” de Pinochet.²

Un imponderable hizo que ese cuadro prebélico comenzara a despintarse antes de que Castro y los velasquistas de a pie lo advirtieran. Una enfermedad del gobernante, que había obligado a amputarle una pierna en febrero de 1973, venía deteriorando de manera progresiva su capacidad física y su capacidad de mando.

Así, a medida que se acercaba la fecha del presunto ataque a Chile, los civiles enterados y los analistas militares peruanos verificaban que no había líder ni planificación estratégica confiable. Velasco no había considerado factores tan ineludibles como la bullente crisis política interna, las graves diferencias entre los propios militares, la correlación de fuerzas en la región y la específica disposición de los gobiernos de Bolivia y los Estados Unidos.

¹ Fidel Castro, El más alto ejemplo de heroísmo, La Habana, Instituto cubano del libro, Editorial de Ciencias Sociales, 1973.

² La mejor información chilena sobre este tema, en reportaje sobre *Los planes de guerra con Chile del Gobierno Militar Peruano*, diario La Segunda del 17.03.1995, , texto *La Tensión en la Frontera Norte de Chile en los Años '70*, del diplomático e historiador José Miguel Barros.

En cuanto a la superpotencia, todo indicaba que en Washington se temía más a un Velasco triunfante y apoyado por Cuba que a un Pinochet consolidado. El primero les desordenaba el componente militar de la región y el segundo sólo les afeaba la foto. Respecto a Bolivia, había dudas de que el conservador general Hugo Banzer se subordinara al revolucionario Velasco. Incluso circulaban rumores sobre encuentros secretos entre altos oficiales bolivianos con homólogos peruanos opuestos a la aventura.

En resumidas cuentas, quedó en claro que el proyecto inducido por Castro y proyectado por Velasco, exigía un ejecutor en plena forma física y mental y una unidad nacional por lo menos satisfactoria. Sin tales requisitos no había un pronóstico de resultados que lo justificara. Sólo en la ficción un jefe guerrero inválido puede montar en su corcel, marcar el rumbo hacia el enemigo y culminar con una victoria.

Las apuestas de Banzer y Pinochet

En Chile, hacia agosto de 1974, el abrupto nuevo escenario vecinal pasó de las señales ámbar a una gran señal roja.

Visto desde 1973, en menos de un año Chile había derivado desde una buena relación vecinal a una secuencia de amenazas. Una, la que se estaba viviendo con el Perú, a la cual podía plegarse Bolivia; la otra, la que podía producir Argentina si Perón desaparecía, con base en la controversia por las islas del canal Beagle. En esas circunstancias, la única posibilidad de evitar o mitigar un conflicto abierto en tres frentes apuntaba hacia una negociación con Bolivia... siempre que el conservador Banzer desestimara la posibilidad de aliarse con Velasco. Como contrapartida desquiciante, esta opción implicaba el riesgo de acelerar la amenaza que venía del Perú.

Curiosamente, Banzer estaba llegando a una encrucijada similar. Si aprovechaba la debilidad de Chile para negociar una salida soberana al mar por Arica, corría el riesgo de enemistarse con el Perú, transgrediendo una doctrina nacional tácita que obligaba a ocultar las diferencias con este país. Pero, por otra parte, con Velasco no sólo lo separaba un abismo ideológico, sino la rotunda oposición del peruano a que Bolivia pusiera un pie soberano en Arica. “Pienso que no hay peruano o peruana que opine en favor de darle a Bolivia una salida al mar por Arica”, había declarado en conferencia de prensa de 23 de marzo de 1974.”

En esas circunstancias, para Banzer debió ser decisivo el que Pinochet luciera más flexible y no sólo porque tenía parientes en Bolivia. La inteligencia boliviana debió informarle que no tenía sobre Arica una visión de honor nacional comprometido, sino de conveniencia estratégica. Para probarlo, bastaba leer el siguiente párrafo de su *Geopolítica*, texto escrito en 1968, cuando era coronel y profesor de la Academia de Guerra: “La aspiración de poseer una salida al mar es común a todos los Estados que se encuentren privados de ese contacto; la atracción es enorme. Es una fuerza geopolítica que se opera siempre que se presente la ocasión y que ningún tratado logra extinguir”.³

³ Entonces tuvo una difusión restringida, propia de un *paper* académico. Como gobernante, Pinochet dispuso su difusión masiva, a través de la Editorial Andrés Bello. El párrafo citado está en su tercera edición, 1977, pg. 96.

En definitiva, en el curso del año 1974 Pinochet empezó a apostar a Banzer y éste a Pinochet. Ambos se abrazaron para la foto en Charaña, el 8 de febrero de 1975 y acordaron negociar una salida soberana al mar por Arica.

El burlador burlado

El abrazo de la foto debió influir en el proceso interno (obviamente secreto) de los militares peruanos disidentes, encabezados por Francisco Morales Bermúdez, comandante general del Ejército. El hecho fue que el 29 de agosto del mismo año 1975, aprovechando unas maniobras en Tacna, este jefe dio un golpe de Estado para liberarse del gobernante discapacitado.

Durante esos seis meses largos el nuevo líder no dio mayores luces sobre sus objetivos estratégicos reales. Por el contrario, para ambientar la idea de una continuidad revolucionaria, empezó a promover desde su entorno el concepto de una “segunda fase” declaradamente socialista del proceso militar peruana. Al respecto, convenció al propio Castro, a quien visitó en un sigiloso viaje a La Habana.

El consagratorio dictamen de Castro de que el general era “un verdadero revolucionario” afirmó la imagen que Morales Bermúdez quería proyectar ante los generales velasquistas: la de quien asume la responsabilidad de reemplazar a un jefe enfermo, sin mengua de las llamadas “bases ideológicas de la revolución militar” ni, tácitamente, del proyecto Arica.

Fue una maniobra de literal inteligencia, muy propia de su sofisticación política y de un currículo ancestral que tenía, como hitos, desde la participación en la Guerra del Pacífico hasta la Presidencia de la República.

Sólo consumado el golpe y afianzado en el gobierno con el apoyo de marinos y aviadores, el nuevo jefe comenzó a mostrar sus cartas políticas secretas. La primera fue desvincular del Ejército a todos los generales supérstites del velasquismo y a sacar de la administración del Estado a los invasivos operadores castristas.

Así fue como terminó de fracasar la desconocida guerra revolucionaria en el Cono Sur, a cargo de los ejércitos profesionales, diseñada por Castro. Que se sepa, fue la única vez que este gran manipulador de los líderes de izquierda, fue manipulado por un militar que aparecía como tal.